

## Sin reclamar

Jorge Armando Ibarra Ricalde\*

Es un espécimen hermoso; el *bombus seppuku*. De la familia *apidae*, el orden *hymenoptera*, clase *insecta* y filo *arthropoda*, es mejor conocido como el abejorro suicida, una especie de abeja grande que luce los colores rojinegro, por lo que con tan hermoso traje se gana la atención de quien lo mira, para luego robarse su imaginación cuando escuchan que para defender su colmena, puede combinar tres sustancias que mantiene separadas en sus entrañas para inflarse y producir un estallido químico que si bien apenas es comparable a una “brujita” con la que juegan los niños, entre insectos es un potente disuasivo que además del daño, recuerda con despiadada eficacia que el abejorro, está dispuesto a morir por su gente. Pues al igual que sus trabajadores parientes negro-amarillos, ésta desesperada defensa les arranca las entrañas, dejándolos agonizando, hinchados, eviscerados mas aún vivos, para ser devorados por los invasores supervivientes como premio de consolación por detener la amenaza a la colonia.

En general, los abejorros suicidas son nativos de los manglares de Gesashi en Okinawa. Y tan pronto fueron observados por las autoridades entomológicas niponas, consideraron su forma sacrificada de defender a la colonia, como un símil espiritual de sus nobles guerreros, concediéndoles que su auto exterminio fuera una honrosa forma de *seppuku*, el suicidio ritual de los *samurai*. Adecuado, pues afortunadamente, mientras que unas abejas o unas avispas pueden matar a una persona, un enjambre de abejorros suicidas no pueden matar a un hombre, su explosión aunque química, gasta las sustancias que la producen, por lo que no puede causar una reacción alérgica, y aunque en grandes cantidades pueden lacerar la piel humana como para causar la desesperación y provocar un accidente, la especie se considera inofensiva. No como el doctor Andrés Figueroa.

\* Egresado de la Licenciatura en Derecho en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Acatzaco.

Es posible que el licenciado en Química fuera considerado inofensivo, pues tras una maestría en Química Orgánica, un doctorado en Entomología y un postdoctorado en Química Orgánica Entomológica, no había hecho otra cosa de su vida que estudiar y asegurarse que todos supieran cuanto había estudiado. De hecho, su personalidad era precisamente lo contrario a lo necesario para ser un docente, muchos papeles avalaban que sabía investigar, así que daba clases, en las que su índice de reprobación era tan alto, que se convenció a sí mismo que las nuevas generaciones no sabían leer, cuando en realidad se trataba de algo más simple; no sabían enseñar.

El aplauso de los que lo apadrinaban en el fraude piramidal que era la academia, fuente absoluta de su personalidad, lo acercó a un grupo de gente que como él, tenían el interés de vivir del estudio, así que armados con el poder combinado de la investigación metodológica y la comprensión lectora, decidían no hacerlo, convirtiéndose en una masa de opiniones sin fundamento, porque fundamentar era para los que necesitaban la razón, y su grupo decidió que ellos la administraban, haciendo innecesario explicar el porqué.

Sin embargo, el arduamente ganado futuro del doctor Figueroa, detenido en doctor no por humildad, sino porque aún no se ponían de acuerdo en como llamar a quien había logrado un postdoctorado, dependía de una interminable cadena de favores. Se truncó su sino cuando el Estado se fue contra la ciencia, extinguiendo el compadrazgo académico, pues este producía más turismo que ciencia y aunque los números de investigación sin duda habían crecido, la mayoría eran de tópicos que ellos mismos habían inventado, para ordenar a nuevos candidatos que a su vez permitían decir que se necesitaban más ad-post-doctores.

Sin acceso al financiamiento a su ad-post-doctorado (pendiente de *trademark*), y ante la revisión de su obra, el doctor Figueroa se quedó sin trabajo y sin ninguna aplicación digna en términos de remuneración al conocimiento que aportaba. De tal suerte que de un golpe el Estado ganó la pelea, porque el doctor Figueroa y sus antiguos compañeros creyeron que nadie notaría que vivían de publicar por publicar, *papers* que dijeran; Autor: Andrés Figueroa, doctor...

Así, el doctor Figueroa estaba enojado en un empleo bien pagado que detestaba porque merecía más y porque en un país de ignorantes con elecciones ignorantes eligió a los ignorantes para representarlos, cortando el brillante futuro que merecía. Y como la academia no lo consideró

para representarla en los recursos contra el gobierno tirano, el doctor Figueroa tuvo que recluirse en sus cosas, enojado, herido, pero no inofensivo pues meticulosamente pensaba su revancha.

De hecho su revancha ocupaba todo su día, comenzó a borrar todo registro de sus pensamientos y opiniones, pues cuando sucediera, todos se preguntaron el porqué, y se acongojarían al darse cuenta que sin él no había como solucionar tal enigma. Porque ese era el ángulo que le interesaba, el mártir inescrutable. Claro, ya que todo lo logístico era pan comido para un hombre tan versado en la alquimia moderna, consideró la supervivencia y el anonimato como una opción, pero muchas veces se imaginó viendo los noticieros hablar sobre la tragedia sin conocer a su perpetrador, y corría el riesgo de que las autoridades le dieran el crédito a alguien más. Eso no era una opción.

Además, no había nada porqué vivir. Estudiaba por el reconocimiento de sus pares y los insulsos que jamás tendrían su genio, pero los primeros desmostraron ser celosos de su pródigo; mientras que los segundos fueron incapaces de apreciarle, así que todos debían ser castigados, al ser insertados en una caja de preguntas que sencillamente no podrían descifrar, pero que quien avanzara en el camino, podría apreciar el sacrificio que el doctor Figueroa hacía por la ciencia y la humanidad. Y sí, entendía que el terrorismo era mal visto, pero sabía que derribar un edificio de gobierno sin víctimas diría menos que la peor tragedia jamás conocida, y que cada desafortunada víctima sería una vela en su altar de libertador. Un artículo más en su perfil de figura histórica. Trágico, pero sería lo mínimo que los demás pagarían por el enorme sacrificio de su vida.

Los pormenores estaban listos. Los artefactos explosivos también. Con cada pieza sobre sus razones meticulosamente escondidas en acertijos ocultos tras pistas que referían a otras, sólo requirió de paciencia para que los tiempos dejaran todo en su lugar, mientras tanto, sólo debía mantener la cordura de vivir en un sociedad de idiotas, haciendo algo que sólo él podía hacer, manteniendo a Banzai, su abejorro suicida, vivo, como nadie más podía hacerlo.

Claro, el doctor Figueroa sabía que ponerle nombre a un insecto era ridículo, pero Banzai era especial. No por ninguna razón absurda de afecto, sino porque entre los insectos, el *bombus seppuku*, no tenía un promedio de vida, ya que su tasa de reproducción baja en la colmena, lo cual implicaba que los más viejos eran los primeros en morir defendiendo

**Porque ese era el ángulo que le interesaba, el mártir inescrutable.**

su hogar, según los mal llamados científicos sociales, cuando un monje se dio cuenta de ello, decidió que era una prueba de iluminación poder sostener al insecto en la palma sin que este se sintiera amenazado y por tanto se detonara. Uno de esos mitos ridículos, aseguraba que un asceta lo mantuvo vivo por cinco años, cuando el récord en laboratorio era un sorprendente año, una longevidad impresionante para un insecto, pero nada para Banzai, que estaba a punto de cumplir seis años.

A diferencia de los laboratorios experimentales que solían adormecer con humo a los abejorros suicidas y drenarles con jeringa uno de sus tres químicos para evitar la explosión, el truco del doctor Figueroa era otro, pues había observado que sin sus tres químicos éstos no podían hacer digestión, muriendo de hambre y sin remover uno sólo podía evitar la explosión. Dos de ellos bastaban para que el abejorro estresado se hinchara, rompiendo sus intestinos sin estallar, pero condenándolo a la inanición. Así que el terrorista académico planteó algo diferente, tomar un grupo de larvas y estresarlos desde que emergían de su pupa, de manera que se volvieran tolerantes al estrés, por lo que del tercer grupo de 30, 29 murieron en el primer año. Banzai había sobrevivido precisamente porque su “detonador de estrés acostumbrado” era gritarle ¡*banzai!*, creía que golpear el vaso de vidrio contra la mesa, beber el sake que no disfrutaba, le daba parte de su personalidad intelectual y, volver a golpear el vaso contra la mesa mientras el calor del líquido en su esófago lo hacía sentir indestructible.

¡*Banzai!*, o ¡salud!, era un estímulo fuerte al que el abejorro se acostumbró, ayudándole a evitar que se suicidara por estrés. La repetición de ese ritual de tres veces al día le dio al doctor la tranquilidad necesaria para llevar a cabo los pasos de su fechoría, trabajando tranquilamente frente al hábitat sintético contenido en una pecera que le construyó, de manera que si confundía los químicos para su explosiva obra, sabría que moriría junto con el único proyecto que lo mantenía cuerdo.

Así, durante cinco años, repasó sus planes en voz alta, preparó y probó los instrumentos e investigó los lugares donde podría causar el mayor número de bajas para que su manifiesto resonara tan fuerte que ni siquiera esta sociedad de estúpidos pudiera callarle. Ese sería su legado a la ciencia que liberaría con este acto. Banzai en cambio, sólo era la vanidad de saber que una vez más, podía lo que nadie más, y justo eso le dejaba una última reflexión; cuando Figueroa

cometiera el noble *seppuku* que dejaría a la ciudad en llamas, ¿qué era lo correcto para Banzai? (Dejarlo que muriera de inanición en su pecera, o acaso debía liberarlo para que fuera a morir por ahí, en un mundo que no comprendía...). Con todo, no temía que lo echara de cabeza pese que llevaba cinco años de escuchar sus planes, pero considerando que era el único que lo escuchaba, le parecía cruel dejarlo morir de hambre, aunque sí pensaba que quizá cuando la policía y las agencias vinieran buscando respuestas, pues sus disculpas sobrarían. Alguien bien educado podría encontrar al insecto muerto de inanición y determinar entre expertos que vivió más de cinco años en las manos de un monje moderno que junto a Santo-doctor liberador, también debía agregársele iluminado.

Ensimismado en el prospecto, sabiendo que al amanecer estaría muerto, antes de dormir su última y bien merecida siesta, celebró gritando ¡*banzai!* Sin embargo, esta vez, tras el grito, golpeó el vaso contra la mesa, bebió el espíritu fermentado del arroz, y mientras se quemaba la garganta por la emoción de lo que vendría, al volver a golpear el vaso nuevamente contra la mesa, este estalló y un pedazo rompió la pecera. Figueroa sintió su corazón explotar al pensar que el abejorro había optado por el suicidio prematuro, pero se alivió al ver que este evitó los vidrios y voló, por lo que si bien aquello alteraba su plan, la realidad es el que el doctor no necesitaba ese aplauso de los idiotas, en realidad, alguien se lo perdería, pues para el doctor Figueroa se bastaba con saberlos temerosos e ignorantes sobre porqué un hombre tan inteligente tuvo que castigarlos. Así, deseándoles buena suerte, con todo listo para despertar en unas horas y cumplir su misión, el doctor Andrés Figueroa descansó una última vez, esperando emocionado la alarma que lo haría amanecer al nuevo mundo que estaba por crear.

La noche fue chabacana, por lo que la única perturbación en el cuarto eran los ronquidos del mismo doctor que soñaba con las efemérides que le daría la historia por liberar al mundo de la idiotez. Al tiempo que estos escondían el zumbido de las alas de Banzai, quien volaba en la oscuridad hasta que en un carraspeo entró por la boca del doctor hacia la garganta y, se detonó cuando se atoró entre las paredes de la tráquea, asfixiando al terrorista que no fue.

Algunos dirán que el abejorro que hasta ese momento creía que el universo entero era él, gritando su amenaza día a día, reconoció en sus largos discursos que habían otros viviendo y sobreviviendo en el mundo real sin conocer la

**Ensimismado en el prospecto, sabiendo que al amanecer estaría muerto, antes de dormir su última y bien merecida siesta, celebró gritando ¡*banzai!***

amenaza que él suponía; así, decidió detonarse por el bien de la colonia. Otros supondrán que fue un accidente inusual, una mala noche para un hombre común que se durmió haciendo planes que no llegarían. El forense aficionado a la entomología reconoció la sorprendente edad del abejorro y sonrió al pensar que tras cinco años de sobrevivir al latente impulso de morir, con la iluminación ganada a pulso por sobrevivir las amenazas de la vida diaria, el abejorro suicida cometió *seppuku* por un bien inescrutable, algo tan sublime que no puede entenderse, pero que traspasa las necesidades mortales. Una idea romántica que quedaba en evidencia al ver la falta de necesidad de reconocimiento. El objetivo supremo pasado por alto sólo era un fiambre con una identificación en el dedo gordo del pie que decía: A. Figueroa. Causa de muerte: asfixia por un *bombus seppuku*. Sin reclamar.